

1. ASOCIACIONES, MOVIMIENTOS Y REDES.

El *continuum* de la participación juvenil

1.1. JÓVENES: ¿CIUDADANOS EN LA RESERVA?

El análisis de la participación juvenil no puede desligarse del conocimiento sobre la situación y las condiciones de vida de la gente joven, las cuales impactan directamente en su capacitación y oportunidades de tomar parte en la vida social y política. Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que, en términos generales, la sociedad de hoy tal y como está configurada reserva a las generaciones jóvenes un papel fundamentalmente periférico tanto en el ámbito económico-productivo como en el político-simbólico. Esa es una constatación que ya elaboraron algunos teóricos de la juventud en la convulsa década de los años sesenta del siglo pasado, que caracterizaron ésta como un colectivo portador de cambio y contracultura, destinado a oponerse a los valores dominantes de la sociedad adulta (Roszak, 1968). Años más tarde se cuestionó esa confrontación generacional desde un análisis sociológico de la lucha de clases, llegando a afirmar que el concepto de juventud no era más que “una palabra” (Bourdieu, 1978) acuñada para justificar y reproducir la posición de las personas de menor edad como mano de obra en la reserva alejada de todas las formas de poder, una parcela sólo al alcance de la población adulta.

Más recientemente y en nuestro contexto se ha definido a los y las jóvenes de hoy como “un segmento social (casi una nueva clase social) con un grado de conciencia difusa, pero con una posición estructural común” articulada a partir de “un consenso y una legitimidad moral, que atribuye al hecho de ‘ser joven’ la correspondencia con una posición de ‘espera pasiva’ a la expectativa de que, en un futuro más o menos largo, se podrá acceder a la plena ciudadanía y a la condición de adulto” (Comas, 2011: 12). Lo cierto es que en el ámbito de la Sociología y la Antropología se ha discutido mucho sobre ese particular, y cada nueva época del desarrollo histórico ha promovido el uso de unos términos u otros, pero en todas las interpretaciones subyace un elemento coincidente, referente a la subalternidad que ocupa la juventud en las sociedades contemporáneas, en la que es concebida como un objeto pasivo receptor de una prolongada acción educativa, en camino de un eventual y lejano traspaso final al estatus de persona adulta.

Los datos socioeconómicos disponibles refuerzan esta última tesis. Las cifras de desempleo entre la gente joven doblan —en determinados lugares y sectores incluso triplican— las de la población mayor de 30 años, y la precariedad, la dependencia familiar y la sobrecualificación son realidades ampliamente compartidas por aquellos afortunados que disponen de un trabajo (Taberna y Campos, 2014). La temporalidad sigue siendo la principal modalidad de la nueva contratación

a jóvenes trabajadores, que cobran de término medio la mitad de sueldo por realizar el mismo empleo que una persona adulta. Ello no sólo conduce a un empobrecimiento generalizado entre la juventud, sino que además impacta en muchas otras esferas de la vida cotidiana, agravando las dificultades crónicas de acceso a la vivienda que han caracterizado el Estado español y que motivaron en su momento grandes movilizaciones y protestas juveniles, bajo el explícito lema "No tendrás casa en la puta vida". Sólo una de cada cinco personas jóvenes menores de 30 años vive emancipada de su hogar familiar (CJE, 2014: 2), algo que contrasta vergonzosamente con los altos niveles de autonomía domiciliar que existen en las latitudes septentrionales de la Unión Europea.

La crudeza de la situación, que ya era perjudicial para la juventud española antes del estallido de la crisis financiera, y el discurso reiterativo sobre la necesidad de flexibilizar cada vez más las condiciones de trabajo para jóvenes no son fruto de la casualidad. Desde los tiempos de la reconversión industrial en los años ochenta hasta el fenómeno actual de exilio laboral juvenil, pasando por la implantación de las empresas de trabajo temporal (ETT) en los noventa, la acción de las políticas públicas para con la juventud ha seguido una pauta precarizadora y desreguladora alineada con las ideas del neoliberalismo pujante. Esa amarga trayectoria en el tiempo nos permite hablar en propiedad de una exclusión social programada (Claret, 2013) que ha operado y sigue operando, con más fuerza si cabe, sobre el colectivo de personas jóvenes, que sufren una superposición de diversas formas de exclusión que conducen a una cristalización de su condición de ciudadanía de segunda categoría.

En efecto, el proyecto neoliberal sueña con una sociedad sin los mecanismos ni las instituciones que ofrecen ciertas garantías en los países provistos de los llamados regímenes del bienestar. El desarrollo histórico de las últimas décadas ha dado lugar a un marco social mucho más complejo e incierto en el que se desvanecen el conjunto de dispositivos rígidos y previsibles que conocieron las generaciones precedentes, en un nuevo paradigma que algunos han denominado "sociedad del riesgo" (Beck, 1986) o "modernidad líquida" (Bauman, 2003). En este contexto plagado de incertidumbre y procesos de individualización, las trayectorias vitales de la gente joven se han modificado enormemente, pasando de la antigua lógica lineal y acumulativa a una nueva dinámica discontinua e intermitente, donde el progreso personal —biológico, formativo, familiar— no siempre se corresponde con el progreso social —laboral y económico—, al cual se accede a partir de aproximaciones sucesivas (Casal, 1996; Furlong y Cartmel, 2001). Se trata de una juventud compuesta por "viajeros sin mapa" (Bontempi, 2003) que deben improvisar constantemente a la búsqueda de oportunidades en un entorno movedizo con pocas referencias sólidas, siempre a la espera de nuevos *big-bangs* que relancen sus trayectorias vitales hacia destinos imprevisibles: "The young generation lives its life in a state of perpetual emergency [...] to promptly catch the sights and sounds of the new: the 'new' known to be approaching constantly, and at a speed matched only by the rapidity of dashing-by and vanishing. There is no moment to spare. Slowing down equals waste." (Bauman, 2008: 46-47).

Esa veloz licuación de los resortes sociales de antaño ha conllevado también una dilución de la cultura del trabajo en la sociedad posindustrial, donde la preparación para ejercer una profesión ha sido desplazada como elemento central de la construcción de la identidad adulta. En ese

sentido, las generaciones de jóvenes han naturalizado plenamente la condición precaria como un elemento consustancial al hecho de trabajar, lo que ha propiciado la emergencia de nuevas subjetividades laborales que ya no pretenden una inserción definitiva ni estable en el sistema productivo (Miró y Ortiz, 2001; Albaigés *et al.*, 2004). Esa integración de la precariedad y la consiguiente afirmación personal al margen de la ocupación profesional, sin embargo, no implica de ninguna manera una aceptación sin consecuencias en la psique juvenil, sino todo lo contrario: dejando de lado las consecuencias palpables de la exclusión y el paro de larga duración en la salud mental (Espluga, Baltiérrez y Lemkow, 2004), las investigaciones sobre la “felicidad” de las personas jóvenes concluyen que aquellas que disfrutan de trabajo fijo o están emancipadas se declaran significativamente más satisfechas que las que tienen un contrato temporal o viven con sus padres (Ahn, Mochón y De Juan, 2012).

La superposición de niveles de exclusión social no estaría completa sin tener en cuenta, al mismo tiempo, la clara infrarrepresentación política de la juventud, tanto en lo que se refiere a su presencia en las instituciones como en la prioridad que toman las problemáticas específicas del colectivo dentro de la dinámica general de la acción de los poderes públicos. En términos generales, la representación política está copada por personas de edad media y avanzada, quizá como correlación evidente con la propia senectud de un sistema que ha evolucionado poco desde su instauración en los años de la transición a la democracia, y que sigue teniendo como protagonistas, cuarenta años después, a las mismas estructuras cerradas de entonces (partidos, patronales y sindicatos), cuando no incluso a las mismas personas. El orden constitucional de la recuperada democracia española —raquíta y amnésica, pero democracia al fin y al cabo— perdió pronto su ímpetu renovador y se instaló en el inmovilismo más pétreo, siendo incapaz de adaptarse a nuevos tiempos y nuevas formas de entender el ejercicio del gobierno y de la ciudadanía.

Ese mismo bloqueo institucional ha dado lugar a un sinfín de espacios participativos que sin embargo no cuentan con la más mínima capacidad de influencia, y que se corresponden más con la categoría de simulacros de democracia que con la de la toma real de decisiones. Una interpretación empobrecida del proceder democrático y temerosa de la acción popular ha entronizado el monopolio político en manos de muy pocos agentes, la mayoría de los cuales no tienen ningún interés en generar espacios más amplios de co-decisión ciudadana. Las experiencias de la gente joven en procesos y cuerpos normativos que ofrecen una participación de muy baja calidad e intensidad suele conducir a la frustración y el cinismo respecto a esas vías de implicación. Además, la pérdida de autoridad moral del sistema de representación política debida a la corrupción generalizada, la subordinación de la soberanía nacional en favor de marcos supranacionales (instituciones europeas, organizaciones económicas y financieras) y la manifiesta incapacidad de integrar las propuestas surgidas de procesos de movilización de la ciudadanía, refuerzan la desconexión. En términos generales, los y las jóvenes perciben muy poca eficacia política en las estructuras formales (Ferrer, 2009; Soler, 2013: 60).

Por su lado, las políticas públicas de juventud se han consolidado notablemente en el plano discursivo en las dos últimas décadas, pero su aplicación práctica tanto a nivel estatal como autonómico y local adolece aún de una falta de resultados tangibles en el ámbito de las condiciones

de vida juveniles y las transiciones a los niveles de más estabilidad asociados a la vida adulta (Comas, 2007). El desarrollo de los planes de intervención se ha hecho en el común de las veces sobre un potente aparato analítico y de diagnóstico que no obstante disponía de muy pocos recursos —humanos y presupuestarios— para su implementación real. La exclusión social que padece el colectivo joven, y su agravamiento evidente desde el estallido de la crisis, debería provocar un profundo replanteamiento de ciertas prioridades políticas y situar la cuestión de la juventud en el centro de las estrategias de recuperación.

A la par que esa cierta dejación de los poderes públicos hacia una condición juvenil en continua erosión de sus derechos, cabe reseñar también la tendencia social, reiterada e incrustada en el imaginario colectivo, a descalificar y minimizar la aportación social de la gente joven, así como su frecuente estigmatización a partir de estereotipos negativos que se suceden de una época a otra a partir de la generalización de fenómenos muy minoritarios: de los *quinqüis* de los ochenta a la *generación ni-ni* de los dos mil (Serracant, 2012), pasando por las “peligrosas” *bandas* juveniles de los noventa. Todo ello siempre retratado desde la desconfianza generacional (Bauman, 2008: 9-10) como un elemento dañino que pone en entredicho el discurrir pacífico del cuerpo social y que con su sola presencia tensiona y pone en crisis la viabilidad del espacio público, en su dimensión física y simbólica (Delgado, 1999 y 2011; Canellas, 2007). La participación de las instituciones y de los medios de comunicación de masas en la consolidación de esas visiones sesgadas de la realidad juvenil es fundamental (Figueras y Mauri, 2010) y especialmente hiriente en una sociedad democrática, que insiste en demonizar y culpabilizar a las víctimas de su iniquidad.

En definitiva, la juventud como segmento particular del conjunto de la población sufre una discriminación múltiple que fácilmente puede ser vivida como una desafección hacia el sistema económico y político vigente, por cuanto las promesas del Estado del Bienestar y de la democracia liberal parlamentaria con las que ha sido educada parecen no concretarse nunca en su horizonte vital. La sociedad de consumo que dio lugar al *teenager* en la posguerra como depositario de un sueño de progreso y prosperidad sin fin (Wolf y Savage, 2011) ya no sabe qué ofrecer a una generación que ha asumido que vivirá peor que la de sus padres. No debe resultarnos extraño, así pues, que las personas jóvenes destilen un cierto temor hacia el futuro y un marcado pesimismo respecto a sus expectativas a medio y largo plazo, ante un escenario en el que el contrato social parece haberse interrumpido indefinidamente para ellas (Rodríguez y Ballesteros, 2013). El divorcio clamoroso entre la teoría y la praxis del modelo social conduce primero al desencanto individual y luego al descontento generacional. Con un poco de suerte, el siguiente paso será la activación política y la protesta.

1.2. CARACTERIZACIÓN DE LA PARTICIPACIÓN JUVENIL

La participación de la población joven constituye en sí misma un tema de estudio que ha merecido muy numerosas y autorizadas aproximaciones, y sigue siendo hoy objeto de interés e investigación por parte de quienes se preguntan por las estrategias de futuro y la calidad de las sociedades democráticas. No hay duda de que hay algo de peculiar, de específico, en las formas y actitudes con las que la juventud decide involucrarse en los asuntos públicos, sea por su tendencia genética

a la innovación o por su posición estructural no asimilable al núcleo del sistema. En cualquier caso, existe un amplio consenso —por lo menos en el plano discursivo— respecto al fomento de la participación juvenil en el desarrollo social, que en el caso de España constituye además un mandato constitucional del artículo 48 de la Constitución Española y que a la vez está presente en numerosas políticas comunitarias y recomendaciones de la Unión Europea (Goig y Núñez, 2011).

Aunque es evidente, por todo lo descrito en el apartado anterior, que esos preceptos legales y normativos no suelen pasar de buenas intenciones que no logran sobreponerse a una realidad mucho más displicente, cuando no agresiva, hacia la aportación de los jóvenes, ello no implica, pese a todo, que la gente joven se desentienda de los asuntos públicos o de su implicación en la vida política y social. Más bien al contrario, las encuestas comparativas sobre la opinión política entre jóvenes y adultos parecen indicar que los primeros tienen un interés incluso ligeramente mayor por las cuestiones políticas (Soler, 2013: 57), aunque las formas de participar que contemplan y realizan son sensiblemente diferentes. En efecto, lo que sí es común a todos los segmentos de la población es una insatisfacción importante respecto al sistema político en general, cuya mejora total o parcial es vista como necesaria por una amplísima mayoría social. De hecho, es pertinente hacer mención del hecho que nos situamos en un contexto —el español— caracterizado por una cultura democrática reciente y aún muy frágil, herencia del miedo y la represión vivida durante cuatro décadas de dictadura franquista. Los niveles de asociación, sindicalización y organización cívica son, en términos generales, muy bajos en comparación con los estados más desarrollados de la Unión Europea (Marcuello y Marcuello, 2014), en consonancia con la media de los países mediterráneos y del Este que sufrieron un efecto de repliegue social propio de los regímenes autoritarios.

Esta tendencia tiene su reflejo, como es lógico, en los índices de participación juvenil, aunque como avanzábamos más arriba, la correspondencia con los niveles de implicación de la población adulta no es simétrica. En ese sentido, se vislumbra una clara disociación entre el instrumental participativo de las generaciones mayores —voto en elecciones, pertenencia a partidos y sindicatos— y los métodos preferidos por la juventud, que incluyen habitualmente el apoyo a protestas y movilizaciones más o menos espontáneas y vinculadas específicamente a una causa u objetivo, el llamado *clicktivismo* o implicación digital a través de redes sociales y plataformas de firmas online, etcétera. Desde hace un tiempo se ha identificado un cierto desplazamiento del activismo “militante” por un activismo “de impacto”, que propicia vínculos más tenues y fluctuantes, así como una tendencia general por la que la aportación de los y las jóvenes se vehicula a través de agrupaciones y dinámicas de naturaleza juvenil, con una clara dimensión lúdica e informal (González *et al.*, 2007: 272-273). Se trata, en resumen, de una lógica tendente a “participar desde los márgenes” propia de una juventud que en todos los aspectos ocupa posiciones periféricas y alejadas del centro social (Soler, 2013: 261-264).

De hecho, los resultados preliminares de algunos recientes proyectos europeos de investigación comparada¹ presentan unos elevados índices de participación de la juventud española en for-

1. Nos referimos aquí al proyecto MYPLACE (Memory, Youth Policial Legacy and Civic Engagement) financiado por el European Union's Seventh Framework Programme. El trabajo de investigación realizado en dos poblaciones catalanas (Vic y Sant Cugat) ha sido dirigido por la profesora Mariona Ferrer de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona.

Más información y documentos disponibles en www.fp7-myplace.eu

mas no electorales, muy por encima de la media continental, especialmente en los métodos de protesta y activismo, como manifestaciones, huelgas o ocupaciones de espacios (Pollock, Grimm y Ellison, 2014). Esos niveles de contestación, sin embargo, se combinan con una valoración muy baja de la significación de la historia contemporánea reciente para entender el contexto político actual, así como una desconfianza hacia las instituciones políticas sólo superada por la que expresan jóvenes de Croacia y Grecia. El cinismo respecto a la honestidad de los representantes políticos y el interés de éstos por los problemas de la gente es especialmente alto entre la juventud procedente de los países de la Europa meridional y oriental. En resumen, la frustración con el funcionamiento actual de la democracia es muy alto, aunque en general no se pone en duda la legitimidad e idoneidad del sistema democrático como régimen social y de gobierno.

Este último es un elemento central para la comprensión de la percepción política de los y las jóvenes, que han popularizado la expresión “democracia real” para cualificar ese deseo de una sociedad regida por los intereses del común de la población a partir de instituciones abiertas, transparentes y participadas continuamente por la ciudadanía, complementariamente a (o incluso al margen de) la existencia de partidos u otras organizaciones políticas y sindicales. Se ha catalogado esa perspectiva, muy pregonada durante las movilizaciones del 15-M en 2011, como una articulación del discurso de tipo populista por contraponer “el pueblo”, por un lado, y las “élites de poderosos” o “casta” por el otro (Equipo ICGOPnet, 2014: 42-43), aunque lo cierto es que los últimos barómetros del CIS son muy coincidentes y sitúan la corrupción y el fraude (42%) y los partidos y la política (23%) como problemas principales en España, después del paro (76%).

Resulta interesante destacar, no obstante, que las protestas juveniles —no sólo en España— se orienten habitualmente a reivindicar más y mejor democracia, lejos de algún cliché interesado que tacha la juventud de nihilista y de haber perdido los valores propios de las sociedades democráticas. Incluso el tópico de la desafección también debe ponerse en duda, por el mismo motivo: conviene no maquillar la frustración y el desencanto, comprensibles y pertinentes a la luz de las empobrecidas expectativas vitales de que dispone la gente joven, de un falso desinterés por los asuntos colectivos, cuya transformación y resolución fueron las principales demandas de la juventud que transitó “del estigma a la indignación” y volvió a ubicar la política en su acepción más amplia en el centro del ágora ciudadana, esto es, en las plazas de pueblos y ciudades (Trilla, 2011). Algo que sí se constata es, por otra parte, una identificación política mayoritaria en el centro-izquierda y una clara oposición al modelo económico capitalista y las consecuencias de sus crisis sistémicas como la actual, por lo menos entre los activistas juveniles encuadrados en organizaciones políticas no convencionales (Mir *et al.*, 2013: 39-42).

Precisamente, más allá de esta fractura muy aparente en el ámbito de las metodologías y repertorios de participación individual o espontánea, existe también una gran multitud de espacios de auto-organización juvenil que actúan y pretenden influir en la esfera pública, con poca o ninguna relación con otras entidades o instrumentos de participación formados mayoritariamente por gente adulta. Estos espacios presentan una gran variedad de tipologías y modos de funcionamiento, y su clasificación en categorías es materia de un vivo debate académico. Algunos, dentro de lo que ha dado en llamarse asociacionismo juvenil, vienen de lejos y poseen una larga trayectoria a sus espaldas, presentando formas de organización muy sólidas y estructuradas, así como una

notable capacidad estratégica y planificadora, y una gran variedad de métodos de actuación. Lo cierto es que calcular la cifra real de jóvenes que participan directa o indirectamente en esa gran constelación de entidades es siempre difícil, pero las evidencias atestiguan que hay cientos de miles de personas jóvenes encuadradas en movimientos educativos (grupos de tiempo libre, escultismo, *esplais*), en proyectos e iniciativas culturales y sociales, de intercambio o ecologistas, en el movimiento estudiantil de secundaria y universitario, además de las juventudes de partidos políticos y sindicatos y un largo etcétera de campos diferentes. Sin embargo, a nivel estatal se detecta un descenso paulatino del volumen total de jóvenes pertenecientes a alguna asociación, pasando del 36% de los encuestados en el año 1991 al 22,1% en 2012 (Moreno y Rodríguez, 2013: 231).

Los datos disponibles para el caso de Cataluña², donde el movimiento asociativo ha tenido históricamente una fuerte raigambre, apuntan a un 64% de jóvenes asociados frente al 72,6% de adultos, aunque las cifras bajan a un 46,5% y 66,3% respectivamente si descontamos las entidades deportivas. Un 20,6% de jóvenes declara un asociacionismo múltiple en más de una entidad. Por categorías, el 16% participa en una entidad cultural o de ocio, el 12% en una organización educativa de tiempo libre y una cifra muy similar en asociaciones de defensa de los derechos humanos. El 9% dice pertenecer a una asamblea o sindicato de estudiantes y el 6,5% a un grupo ecologista o animalista. Las organizaciones estrictamente políticas quedan por debajo del 5%, ya sean partidos (3,6%) o plataformas alternativas y/o anticapitalistas (4,6%), al igual que los sindicatos (4,3%) y las organizaciones religiosas (3,8%). Esta gran variedad de entidades se presenta como un extenso mosaico formado por distintas constelaciones o *cluster* de tipologías afines, muchas veces capaces de agruparse en federaciones y otras estructuras de agregación (plataformas y coordinadoras, consejos de juventud, etcétera). Abundando en el caso catalán, el número de personas englobadas en las entidades miembro del Consell Nacional de la Joventut de Catalunya, un referente de la organización juvenil en la historia reciente del país (Domènech, 2008), se ha estimado en más de 128.000 —incluyendo la franja infantil en el caso de las educativas de tiempo libre— repartidas en una gran cantidad de organizaciones, colectivos y proyectos a escala local, comarcal y autonómica (CNJC y OTS, 2013: 11).

No hay duda de que la contribución del fenómeno asociativo al desarrollo social de la democracia, pero también a la emancipación de la juventud, es de primer orden. Incluso la de aquellas entidades cuya finalidad principal no es propiamente el ámbito de la política, porque igualmente fortalecen la sociedad civil, actuando como escuelas de participación y ofreciendo recursos y estrategias de apoderamiento individual y colectivo a unos jóvenes que son sistemáticamente excluidos de los ámbitos formales (Vidal, 2006; Claret, 2013). Funcionando como espacios de autogestión y autoorganización, suplen muy a menudo la dramática ausencia de mecanismos efectivos para incorporar a las nuevas generaciones en el debate social. Asimismo, su nivel de auto-consciencia como grupo de presión (*lobby*) destinado a la defensa de los derechos e intereses del colectivo juvenil es muy notable, y particularmente intenso en ciertas plataformas de segundo o tercer grado sectoriales o transversales como las coordinadoras asociativas, las asam-

2. Direcció General de Joventut i Direcció General de Relacions Institucionals i amb el Parlament. Generalitat de Catalunya (2012). *Enquesta de participació i política a Catalunya 2011. Avançament de resultats*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

bleas de jóvenes o los consejos de juventud. Su existencia no puede explicarse sin una clara voluntad de interlocución y negociación con los poderes públicos, los medios de comunicación y la opinión ciudadana. De hecho, es esa capacidad de actuar conjuntamente a través de espacios compartidos lo que le convierte en un potente generador de capital social y le confiere un carácter de red formada por muchos nodos, aunque cada uno de ellos o cada subconjunto pueda ser independiente y autosuficiente del resto.

En paralelo al conjunto descrito, e incluso en muchas ocasiones de forma coordinada y concomitante, en los últimos años han aparecido nuevas organizaciones políticas que, según algunas interpretaciones, se rigen por un paradigma distinto y que no pueden ser consideradas parte del asociacionismo “tradicional”, lo que en nuestra opinión no siempre puede justificarse suficientemente desde un punto de vista sin apriorismos. Es, en cierta medida, un fenómeno recurrente en la literatura académica de las últimas décadas, obstinada en identificar y describir los elementos de novedad y transgresión de las prácticas sociales, en una búsqueda constante y algo precipitada de patrones insólitos y nuevos paradigmas. Evidentemente, no es nuestra intención negar que se han producido modificaciones en las formas de organización colectiva y en los valores y planteamientos ideológicos que las motivan, pues es algo que además de ser empíricamente comprobable obedece a la lógica cambiante y en permanente evolución de las sociedades humanas. Pero justamente por eso, porque resulta normal y previsible que las prácticas sociales sufran transformaciones, algunas veces por mutación y otras por hibridación, es preciso anteponer una cierta prudencia que contenga el comprensible entusiasmo por lo nuevo y diferente, pero que sin embargo sigue manteniendo la mayor parte de características previas.

Ya cuando despuntaba el auge de las ONG en los años ochenta y noventa fue anunciada la muerte del asociacionismo “clásico” (*sic*), y después se volvió a augurar su defunción con la aparición de los *novísimos* movimientos sociales y antiglobalización. Pero el tiempo pasó y las nuevas formas de participar y organizarse demostraron ser complementarias a las anteriores, plenamente compatibles en muchos casos, cuando no directamente recíprocas. Resultó que los movimientos sociales forman y se nutren también de la vida asociativa, y viceversa. Así lo atestiguan las biografías de muchos activistas y dirigentes que empezaron sus trayectorias participativas en un sindicato estudiantil, en una asociación de vecinos o en un grupo de scouts (Mir *et al.*, 2013: 36-38). Eso no quiere decir, por supuesto, que esas nuevas expresiones no merezcan toda la atención y el estudio para poder comprender su funcionamiento y su alcance. Pero debería concebirse como un proceso de mayor complejidad y variedad del elenco participativo disponible, teniendo en cuenta que la contraposición no suele encontrarse entre implicarse de un modo u otro, sino en tomar partido y activarse políticamente o no hacerlo. Esa es la contradicción fundamental.

Lo que a todas luces adolece de un desgaste cada vez mayor es, como decíamos, el sistema estanco de la representación política y el papel por ahora monopolístico que en él juegan los partidos políticos convencionales. Se ha afirmado que existe un desplazamiento de formas de participación institucionalizadas propias de estructuras más jerárquicas y de funcionamiento rígido, en favor de movimientos más flexibles y horizontales, en los cuales se participa de manera puntual y selectiva, denominados organizaciones políticas no convencionales o colectivos de organización política autoconstituidos (COPA) (Mir *et al.*, 2013: 19). Pueden clasificarse en varias cate-

gorías, que coinciden y a la vez amplían las que hemos descrito anteriormente, y los motivos para su creación son, fundamentalmente, la voluntad de abordar libremente y de forma colectiva y estable una o más problemáticas presentes en la comunidad, con el fin de contribuir al cambio social y el empoderamiento político de las personas participantes, muchas veces a partir de la construcción de identidades compartidas. Desde este punto de vista su definición es, en esencia, asimilable a la del conjunto del movimiento asociativo, donde los métodos de organización interna y externa se han venido desarrollando enormemente en las últimas décadas, superando en muchos casos la verticalidad y la rigidez que a menudo se les supone. El modelo jurídico de asociación, es cierto, sigue estando muy condicionado por la legislación vigente y mayoritariamente se corresponde con una entidad registrada que legalmente está obligada a escoger cargos directivos —presidencia, tesorería, secretaría, etc.— pero, en el ámbito concreto de las entidades juveniles, existe una gran variabilidad de adaptaciones y de realidades operativas, que en muchos casos no tienen mucha relación, o directamente ninguna, con ese concepto anquilosado de la experiencia asociativa.

Quizás lo más reseñable como diferencia o elemento específico de esos colectivos sea su carácter eminentemente político y politizador, tal vez menos sutil y especializado que en otro tipo de entidades, y su distancia actual respecto a los espacios y lugares de encuentro del asociacionismo juvenil precedente, como son las plataformas o consejos de juventud, aunque están generando nuevos sistemas de coordinación y trabajo en red, que tal vez converjan más adelante —o no— pero que en modo alguno son ajenos a la tradición asociativa. En todo caso, si el encuadramiento político de la gente joven en un futuro no muy lejano debe pasar más por una pléyade de COPA que por las estructuras partidarias clásicas, es posible que debamos hablar más de un proceso de asociacionización de la política que de una simple competencia entre lo que puede entenderse como formas distintas de un mismo asociacionismo juvenil.

De hecho, la irrupción de un nuevo tipo de fenómenos participativos extensos y aparentemente *espontáneos*, cuyo caso más reciente y notorio es sin duda el movimiento del 15-M o de los *indignados* que levantó en pie de guerra a decenas de miles de jóvenes en las plazas de muchas localidades españolas, no puede explicarse sin el poso previo que sedimentan las formas más estructuradas de acción colectiva, aunque es evidente que generan situaciones y realidades muy diferentes y con potencialidades de incidencia política muchísimo mayores. Para desarrollar dicha relación dialéctica puede sernos útil plantear una arriesgada metáfora de los sistemas hídricos partiendo de la disposición de los cursos fluviales y los pantanos artificiales construidos en su descenso por comarcas, pueblos y ciudades. Supongamos que la participación, como concepto abstracto y no reducido a un sólo tipo de acción, es en esta representación alegórica el agua, elemento fundamental que circula y da sentido a toda la estructura. Su proceso responde a una lógica cíclica e infinita, podríamos decir que consustancial al ecosistema (natural y político). En un escenario ideal, su ciclo se desarrolla sin fricciones, retroalimentando el circuito y adaptándolo en cada segmento al caudal disponible, sin límites preestablecidos.

Sin embargo, en las sociedades modernas y estructuradas el poder del Estado ejerce una gran influencia e interviene directamente en todo el sistema, ya sea fijando los canales por los que se debe circular, ya sea construyendo presas que retengan el volumen existente para gestionarlo a

voluntad. Algo así pasa con la canalización de la participación en los espacios formales e institucionalizados: en ellos ésta sigue fluyendo, pero sólo con la intensidad y la regularidad permitida. El asociacionismo, por su carácter estable y constante, es capaz de adaptarse a esos condicionantes, y podría decirse que a gran escala representa el flujo organizado y regular de participación, que toma nombre propio y el cual partiendo de una gran capilaridad discurre por los circuitos establecidos y mantiene activo todo el complejo sistema, no sólo moviendo los engranajes de la participación formal (e incluso los molinos y turbinas del aparato productivo) sino también irrigando y distribuyéndose por los innumerables campos de la sociedad civil organizada, tornándolos fértiles y garantizando su florecimiento. Su paso, siguiendo un patrón propio del drenaje fluvial en que los cursos pequeños confluyen en otros mayores, a lo largo de las décadas consolida sus espacios de confluencia y sus recorridos habituales, sirviendo también de memoria viva para el país y sus habitantes.

Sin embargo, demasiado a menudo las vías constrictoras de la participación funcionan como auténticos diques de contención de muchas otras potencialidades no tan adaptables, que al no tener salida fácil se acumulan en los márgenes del engranaje y en espacios recolectores, o circulan por vías subterráneas esperando el momento de tornarse visibles y de irrumpir en la superficie. Esa situación puede alargarse durante mucho tiempo, pero tarde o temprano se producen nuevas situaciones en las que se hace imposible retener por más tiempo ese caudal latente: cambios climatológicos imprevisibles (aparición de nuevas tecnologías, fenómenos globales, hechos aislados que actúan como detonantes), una política excesivamente conservadora que tensiona hasta el extremo la viabilidad de los sistemas de canalización existentes, agresiones o cambios súbitos en el trazado consolidado de la vida comunitaria, etcétera.

Cuando los condicionantes se modifican o desaparecen, se desata todo el potencial retenido y acumulado hasta el momento, desbocando los cauces establecidos, arrollando a su paso procesos e instituciones poco sólidas, explorando nuevos circuitos y lugares, inundando la tierra y llegando donde nunca llegan las aguas habitualmente, incluso borrando del mapa algunos meandros excesivamente forzados. Es un bello espectáculo de creación y destrucción, que transitoriamente da al terreno un nuevo relieve, depositando nuevos aluviones, generando espacios inexistentes y modificando las categorías y planificaciones precedentes. Se sobrepone el nuevo caudal al lecho asociativo, ensanchándolo, asumiendo consuetudinariamente su trazado secular pero a la vez desbordando sus límites y multiplicando exponencialmente por doquier su efecto transformador y fertilizante.

Tras la riada, que puede durar días o semanas (incluso más en algunos casos), se va atenuando otra vez el volumen fluvial. Como el discurrir más o menos pacífico de la corriente asociativa, el horizonte final es siempre una evaporación de la acción participativa una vez realizada, que sirve de base para su posterior condensación y reabsorción para mantener en funcionamiento las sociedades humanas. Al cabo de un tiempo las aguas torrenciales dejan de circular, pero en su camino han dejado un rastro visible y reconocible, que a menudo implica cambios importantes en la configuración de las poblaciones, en la política de contención y en los canales establecidos para su gestión. Algunos diques y puentes derribados ya no se reconstruirán, otros lo harán tomando en cuenta esa crecida como precedente. Quizás se estime conveniente repensar el circuito

de canalización para darle más amplitud (o para reforzar sus limitantes, tentando irresponsablemente la suerte para la próxima vez). Pero seguramente su impacto más destacable y percedero sea el hecho de pasar a ocupar un lugar en la memoria colectiva y de incitar a nuevas realidades, puesto que algunos campos y parajes inundados durante ese tiempo extraño sin duda fructificarán como nunca antes lo hicieron.

1.3. PARTICIPAR EN UNA SOCIEDAD-RED

Se ha escrito y se sigue escribiendo mucho sobre unas generaciones actuales de jóvenes que han nacido ya en un entorno y una era digitales, donde las dimensiones *online* y *offline* se entremezclan y confunden, tornando sus límites borrosos y propiciando una forma inédita de desarrollar las relaciones humanas en todas sus múltiples facetas: personales y afectivas, profesionales y productivas, políticas y participativas. Todo ello ha llevado a diversos teóricos de la sociedad posmoderna a preguntarse acerca del digitalismo y de los cambios que este nuevo paradigma puede conllevar en las sociedades contemporáneas. Si es cierto, como atestiguan algunos estudios, que la edad es un factor determinante para medir la penetración de la sociedad-red (Feixa, 2014: 191), cabe preguntarse si es posible que la brecha digital esconda, en el fondo, una ruptura generacional producida por una situación histórica sin precedentes, en la que los más jóvenes disponen de más habilidad y competencias en el desarrollo tecnológico que la población adulta aún situada en el poder político, económico y simbólico.

De esa interiorización del carácter de la sociedad-red surgen nuevas cosmovisiones que a su vez conllevan renovados modelos de conducta y de referentes morales, como lo son las bases ideológicas de la llamada ética *hacker* o *nética* (Himanen, 2002) compuesta por la defensa de la libertad de expresión, los derechos civiles y la libre circulación de información, el rechazo activo a la autoridad y la oposición al abuso de poder por parte de los Estados, una conciencia ciudadana emergente como actor de cambio y una economía política basada en la cooperación entre iguales. El debilitamiento de los mecanismos tradicionales de articulación social —familiar, laboral, política, comunitaria— sumado al estancamiento del modelo socioeconómico vigente y de las formas clásicas de ejercer el gobierno (Equipo IGOPnet, 2014: 128-133) nos conducen a un escenario que precisa de profundas transformaciones para garantizar la viabilidad de las sociedades democráticas. No está muy claro cómo debe ser resuelto ese conflicto potencial entre generaciones, ni tampoco si esa nueva ética será hegemónica entre las nuevas juventudes, aunque algunas visiones alertan de la posibilidad de que nos estemos encaminando hacia un choque frontal entre concepciones antagónicas —nativos analógicos vs. nativos digitales— de entender la estructuración social. Siguiendo a Margaret Mead y a Don Tapscott sobre el papel de la juventud como vanguardia cultural, hay quien se pregunta: ¿qué aportación pueden hacer los y las jóvenes en este contexto, como profetas de un nuevo estadio del desarrollo social y cognitivo? (Feixa, 2014: 185-188).

En paralelo a estas consideraciones generales es preciso interrogarnos sobre los cambios que la Red de redes está provocando en las formas de organización y participación política. Resulta obvio que Internet proporciona un nuevo espacio virtual que altera y distorsiona las continuidades

físicas existentes, haciendo posible el acceso a un volumen de información casi infinito, y a la vez permitiendo a los usuarios pasar de simples consumidores ubicados al final del proceso comunicativo en productores de mensajes y nuevos códigos, en una nueva dimensión de interactividad multipolar que sin duda puede ejercer una influencia directa en las relaciones de poder de las sociedades desarrolladas. Volviendo a los jóvenes, muchos se han preguntado si la consolidación de estas nuevas tecnologías puede convertirse en un factor capaz de comprometer a las nuevas generaciones con los asuntos de la esfera pública, actuando como puerta de entrada a la activación de una conciencia social y política. Parece ser que hay una relación clara entre la participación en línea y la participación presencial, por cuanto la gente joven que toma parte en espacios del *clicktivism* suele hacerlo también en procesos en la vida real y viceversa, pero no está muy claro que la proliferación de plataformas digitales conlleve necesariamente a una ampliación y fortalecimiento *per se* de la cultura cívica entre la juventud que previamente no está implicada en lo más mínimo: “La idea de que la acción cívica en línea y la acción cívica fuera de línea residen en reinos separados con participantes por separado fue muy debatida, pero en última instancia, muchos la consideraron insostenible” (Banaji y Buckingham, 2011: 186). De hecho, la dicotomía *online/offline* no es tal, sino que es más preciso hablar de un mismo fenómeno sin solución de continuidad, como dos extremos de un *continuum* de formas de participación. Puede afirmarse, incluso, que aunque muchos movimientos sociales actuales nacieron en la Red, no devinieron tales hasta que ocuparon el espacio urbano de manera permanente, por medio de ocupaciones o manifestaciones continuadas, lo que refuerza el carácter territorial y espacial de las revoluciones a lo largo de la historia, pasando del espacio de los lugares al “espacio de los flujos” (Castells, 2012: 72). No hay que infravalorar el componente de experiencia vivencial que supuso para las personas participantes del 15-M coincidir en las plazas y escenarios de confrontación, sin el cual muy posiblemente no se hubiera producido el proceso masivo de politización que tuvo lugar.

En su dimensión más operativa, las tecnologías de la información y la comunicación también han tenido un impacto destacable entre las entidades juveniles, un particular que se aborda de forma más profunda en otros capítulos de esta publicación. En términos generales, se aprecia un replanteamiento de la producción y los circuitos que siguen los discursos de los distintos colectivos, que han integrado la Red como el mecanismo de comunicación interna y externa por excelencia gracias a su componente de eficiencia, rapidez y ahorro de recursos materiales y económicos.

Dentro del conjunto de las formas más *clásicas* de asociación, entre las cuales se encuentran las llamadas “organizaciones políticas convencionales”, la asimilación de las TIC es todavía de carácter preeminentemente instrumental, concebidas sobre todo como un canal para amplificar y extender la difusión y el alcance de su mensaje, que sigue respondiendo fundamentalmente a una lógica unidireccional de dentro hacia afuera, puesto que el motivo de existir de esas entidades es la producción de un sentido de identidad fuerte y la necesidad de una mínima coherencia ideológica del discurso. También se han incorporado nociones de digitalización en los procesos organizativos y de toma de decisiones, adoptando aplicaciones y herramientas que actúan como facilitadoras de la deliberación interna y que minimizan la necesidad de la presencialidad física de los y las participantes, tales como encuestas, cuestionarios, entornos de trabajo y documentos compartidos, etcétera. Sin embargo, es cierto que la *cadena de mando* sigue respondiendo a

un tipo de organigrama “cerrado”, que no implica necesariamente que tenga un carácter vertical y jerárquico, pero sí suele precisar de una asignación clara de cargos, competencias y responsabilidades de las diferentes partes de la estructura asociativa, en general con poca o muy poca permeabilidad a eventuales *inputs* externos que puedan producirse.

En el caso de las nuevas organizaciones políticas, organizaciones políticas no convencionales o COPA, la penetración de las lógicas nodales y autodistribuidas de las redes parece ser mucho mayor. En efecto, analizando los fenómenos de movilización e incidencia como el 15-M se puede llegar a la conclusión de que éstos funcionan como auténticos ecosistemas políticos en los que se condensan diversos experimentos y dinámicas propias de la *tecnopolítica*, definida como la capacidad grupal “de apropiación de herramientas digitales para la acción colectiva” (VVA, 2012: 8). La capacidad de usar redes sociales como Facebook o Twitter para la propagación viral del mensaje —según un esquema de distribución y replicación activa mucho más complejo que en el esquema unidireccional—, así como para gestionar la incorporación y la politización de cientos y miles de personas que hasta el momento no tenían ninguna vinculación con las causas, no tiene comparación con la de las organizaciones políticas más convencionales, incapaces por ahora de adaptarse a los ritmos y las topografías cambiantes de las movilizaciones-red. Está por ver, sin embargo, si ese aparente divorcio entre formas de implicación política acaba por convertirse en una competición irreconciliable entre modelos contrapuestos, o si por el contrario redundan en una acomodación de las diferentes experiencias y estructuraciones dentro de un contexto de más complejidad que permita, al menos en el ámbito de la participación juvenil, procesos de combinación e hibridación de las distintas modalidades (como empieza a producirse en los casos de “institucionalización” de colectivos nacidos en el seno del 15-M y la tecnopolítica, como Podemos, Guanyem Barcelona, los distintos Ganemos o el Partido X, toda vez que las organizaciones políticas más convencionales se afanan en integrar las tendencias metodológicas y organizacionales más novedosas de las llamadas “redes ciudadanas”).

El mayor conocimiento y el perfeccionamiento de la intuición sobre las características y potencialidades de Internet y las autopistas de la información digital hacen posible nuevas prácticas políticas, como en épocas pasadas lo hicieron otros avances de la técnica con los que se pudieron superar los estadios más simples de la acción colectiva. Sin embargo, debemos ser cautos en la asunción de un excesivo determinismo tecnológico que resulte reduccionista y simplificador. Algunas interpretaciones entusiastas de la revolución informática han querido ver en la expansión del uso de las redes sociales un elemento de liberación al servicio de la causa democrática, pero esa euforia por el supuesto *efecto democratizador* de las herramientas digitales no se apoya en datos empíricos y podría, de hecho, estar pasando justo lo contrario. El impacto de Facebook y Twitter en las Primaveras Árabes no fue, según algunos autores, más determinante que el de las emisiones de la MTV en las movilizaciones que llevaron a la caída del muro de Berlín, aunque en el relato político y periodístico que se difundió en un Occidente cegado por el “ciberutopismo” se hiciera un gran hincapié en la profusión de mensajes e información a través de esas redes sociales (Morozov, 2012). Quizá hemos sobreestimado con demasiada ligereza el papel redentor de Internet, convencidos de que esa fuente inagotable de datos y conocimiento era de forma consustancial enemiga del poder omnipresente del Estado, cuyas estrategias de dominación política en el siglo XX se caracterizaron por el control sobre la circulación de información. Sin em-

bargo, los gobiernos autoritarios de todo el mundo están aprendiendo también a usar la Red en su favor, aplicando nuevos tipos de censura y de promoción de contenidos tolerados, y la sobreinformación existente en la actualidad, que hace muy difícil la identificación de fuentes rigurosas y fiables, juega en favor de una igualación de los discursos disponibles, induciendo a un cierto relativismo moral. De hecho, también las agrupaciones humanas que se generan a partir de la esfera digital suelen ser redes instantáneas de composición débil y reactiva, construidas por afinidades que sin embargo pueden no ser suficientes para la construcción de proyectos políticos concretos en el medio y largo plazo (Castells, 2012).

Al mismo tiempo, todo apunta a que las desigualdades sociales existentes en el mundo físico (fundamentalmente las diferencias de clase) se reproducen con tanta o más intensidad también en la dimensión virtual (Banaji y Buckingham, 2011: 180-181; Feixa, 2014: 191-192) dibujando un contorno de la brecha digital alternativo al del abismo generacional, que consolida también en el ciberespacio las relaciones de poder propias de la economía capitalista. Esta constatación constituye una cuestión crítica para los movimientos sociales que se expresan y organizan a través de la Red, ya que una parte importante de la población a la que apelan podría no estar en condiciones de recibir, procesar y responder adecuadamente a su mensaje o propuestas de acción política. Hay ciertos perfiles que parecen ser más frecuentes en su núcleo —gente de 26-36 años, con estudios superiores y sólidos intereses sociales y comunitarios³— pero otros sectores demográficos no están aparentemente tan implicados y/o representados; entre ellos, también, queda fuera de cuadro una parte muy importante del segmento joven. La inquietante ausencia de los menores de treinta en los proyectos políticos nacidos de ese impulso regenerador con toda probabilidad está relacionada, todavía, con la exclusión social y el destierro secular de la juventud del ámbito de la política *stricto sensu*. Al igual que las capas más humildes y desposeídas de la sociedad, se han acostumbrado a proyectar su influencia política desde los márgenes, a través de entidades propias y procesos autónomos respecto del mundo adulto, y todo parece indicar que la fractura tardará un tiempo en cicatrizar debidamente. Cómo superar esas barreras invisibles debería ser, a nuestro juicio, una tarea primordial para garantizar la continuidad y la representatividad —aunque aquí puede resultar un término muy polémico— de estos nuevos colectivos políticos.

Tomando en cuenta todas estas reservas, sin embargo, no hay duda de que la revolución digital y la irrupción de novedosos procesos de politización abre ante nosotros un nuevo campo por recorrer, que tal vez reserve aún sus más sorprendentes e insospechadas realizaciones. En una sociedad que a menudo denuesta y menosprecia la aportación social de la gente joven, este escenario de nuevas emergencias y su más que probable consolidación en el futuro, así como su coexistencia e interrelación con otras formas de participación y empoderamiento juvenil, genera expectativas muy estimulantes y nos permite soñar con un horizonte donde los derechos sociales y políticos de la juventud, y por extensión de toda la ciudadanía, puedan satisfacerse de forma efectiva a partir de modelos más justos, igualitarios y cooperativos de organización colectiva.

3. Encuesta 15-M, 2013. Realizada por eldiario.es

Disponible en <http://es.scribd.com/doc/141608392/Resultados-Encuesta-15M-2013-Google-Docs-4300>

BIBLIOGRAFÍA RELACIONADA

Ahn, N.; Mochón, F. y De Juan, R. (2012). "La felicidad de los jóvenes". *Papers. Revista de Sociologia*, 97/2: 407-430.

Albaigés, B. (dir.); Sisto, V. y Román, J. A. (2004). *Crisi del treball i emergència de noves formes de subjectivitat en els joves*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Banaji, S. y Buckingham, D. (2011). "Los jóvenes y la participación cívica en línea. Principales conclusiones de un proyecto de investigación europeo", en Trilla, J. (coord.). *Jóvenes y espacio público. Del estigma a la indignación*. Barcelona: Edicions Bellaterra: 175-191.

Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2008). *Una nova escena del drama entre vell i jove / New performance of the old vs. young drama*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Beck, U. (2006) [1986]. *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.

Benedicto, J. (2011). Construint la ciutadania juvenil. Marc teòric per a les polítiques de joventut i ciutadania. *Ponencias de las XXIX Jornades de Polítiques Locals de Joventut*. Barcelona: Diputació de Barcelona.

Bontempi, M. (2003). "Viajeros sin mapa. Construcción de la juventud y trayectos de la autonomía juvenil en la Unión Europea", *Revista de Estudios de Juventud*, 63: 25-44.

Borja, J. (2011). "Espacio público, jóvenes y derecho a la ciudad", en Trilla, J. (coord.). *Jóvenes y espacio público. Del estigma a la indignación*. Barcelona: Edicions Bellaterra: 69-90.

Bourdieu, P. (2002) [1978]. "La 'juventud' no es más que una palabra", en Bourdieu, P. *Sociología y cultura*. México DF: Grijalbo: 163-173.

Canellas, N. (2007). "Joves i espai públic. Ens han pres la plaça?", en *Joventut i polítiques de joventut. 25 aportacions*. Barcelona: Diputació de Barcelona: 163-169.

Casal, J. (1996). "Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración", *REIS*, 75: 295-317.

Casal, J. (2008). "L'emancipació dels joves com a qüestió social, sociològica i política". *Ponencias de las XXVI Jornades de Polítiques Locals de Joventut*. Barcelona: Diputació de Barcelona.

Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de internet*. Madrid: Alianza.

Claret, A. (2013). *Tot el poder als joves! Apoderament juvenil i democràcia avançada en temps de crisi*. Barcelona: Edicions Els Llum.

Consejo de la Juventud de España (2014). *Observatorio de Emancipación nº 6, segundo trimestre de 2014*. Madrid: CJE. Disponible en <http://www.cje.org/descargas/cje5796.pdf>

Consell Nacional de la Joventut de Catalunya y Observatori del Tercer Sector (2013). *Estudi del moviment associatiu juvenil a Catalunya. Informe*. Disponible en http://www.cnjc.cat/documents/2013-04_informe_maj.pdf

Comas, D. (2007). *Las políticas de juventud en la España democrática*. Madrid: INJUVE.

Comas, D. (2011). "¿Por qué son necesarias las políticas de juventud?". *Revista de Estudios de Juventud*, 94: 11-27.

Delgado, M. (1999). *La violència com a recurs i com a discurs*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Delgado, M. (2011). "Distinción y estigma. Los jóvenes y el espacio público urbano", en Trilla, J. (coord.). *Jóvenes y espacio público. Del estigma a la indignación*. Barcelona: Edicions Bellaterra: 27-42.

Direcció General de Joventut i Direcció General de Relacions Institucionals i amb el Parlament (2012). *Enquesta sobre participació i política a Catalunya 2011. Avançament de resultats*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Domènech, X. (2008). *Entre el poder i la societat. El Consell Nacional de la Joventut de Catalunya. 25 anys de democràcia juvenil*. Barcelona: Fundació Francesc Ferrer i Guàrdia.

Duarte, C. (2012). "Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción". *Última década*, 36: 99-125.

Equipo IGOPI (2014). *Jóvenes, Internet y política*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud - Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.

Espluga, J.; Baltiérrez, J. y Lemkow, L. (2004). "Relaciones entre la salud, el desempleo de larga duración y la exclusión social de los jóvenes en España". *Cuadernos de Trabajo Social*, 17: 45-62.

Feixa, C. (2014). *De la generació@ a la #generació. La joventut en la era digital*. Barcelona: Ned Edicions.

Ferrer, M. (2009). "La participació política dels joves i les joves a Catalunya. Una visió general". *Ponències de les XXVII Jornades de Politiques Locals de Joventut*. Barcelona: Diputació de Barcelona.

Figueras, M. y Mauri, M. (2010). *Mitjans de comunicació i joves. Anàlisi de la situació, mecanismes d'intervenció i decàleg per a un tractament informatiu adequat de les persones joves*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Furlong, A. y Cartmel, F. (2001). *Els contextos canviants de la joventut*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Goig, J. M. y Núñez, M. A. (2011). "El fomento de la juventud participativa. Tratamiento constitucional, desarrollo legislativo y políticas públicas". *Revista de Estudios de Juventud*, 94: 29-48.

González, I. (coord.); Collet, J. y Sanmartín, J. (2007). *Participació, política i joves. Una aproximació a les pràctiques polítiques, la participació social i l'afecció política de la joventut catalana*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Himanen, P. (2002). *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información*. Barcelona: Destino.

Marcuello, C. y Marcuello, Ch. (2014). "Escasa participación cívica, débil capital social". Fundación Encuentro: <http://www.informe-espana.es/escasa-participacion-civica-debil-capital-social>.

Mir, J. (coord.) et al. (2013). *Moviments socials i joves activistes. Una aproximació qualitativa de la participació de la joventut en organitzacions polítiques no convencionals*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Miró, I. y Oriz de Villacian, D. (2001). *Treball, valors i canvi. Les ruptures en la precarietat*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Moreno, A. y Rodríguez, E. (2013). *Informe Juventud en España 2012*. Madrid: INJUVE.

Morozov, E. (2012). *El desengaño de Internet. Los mitos de la libertad en la red*. Barcelona: Destino.

Pollock, G.; Grimm, R. y Ellison, M. (2014). "Young People's understanding of History and Contemporary Politics: Trust, Representation and Barriers to participation", presentación de resultados preliminares del proyecto de investigación europeo MYPLACE. Disponible en http://www.fp7-myplace.eu/documents/policy-forum/141120_MYPLACE_Brussels_10%202.pdf

Rodríguez, E. y Ballesteros, J. C. (2013). *Crisis y contrato social. Los jóvenes en la sociedad del futuro*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud - Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.

Roszak, T. (2005) [1968]. *El nacimiento de una contracultura. Reflexiones sobre la sociedad tecnocrática y su oposición juvenil*. Barcelona: Kairós.

Sánchez, C. (2010). *Condicions de vida i hàbits socials de la joventut a Catalunya*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Serracant, P. (2012). «Generació ni-ni», estigmatització i exclusió social. *Gènesi i evolució d'un concepte problemàtic i proposta d'un nou indicador*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Serrano, J. (dir.); Sempere D. y Martín, G. (1999). *Joves i participació a Catalunya*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Soler, R. (2013). *Democràcia, participació i joventut. Una anàlisi de l'Enquesta de participació i política 2011*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Subirats, J. (2013). *La transición inaplazable. Salir de la crisis desde los nuevos sujetos políticos*. Barcelona: Icaria.

Taberna, F. y Campos, L. (2014). *Calidad empleo joven. Becarios y prácticas. Informe final*. Disponible en <http://www.cje.org/descargas/cje5465.pdf>

Trilla, J. (coord.) (2011). *Jóvenes y espacio público. Del estigma a la indignación*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

Vidal, P. (coord.) et al. (2006). *El movimiento asociativo juvenil: escuelas de ciudadanía. La valoración social de los aprendizajes en las organizaciones juveniles*. Madrid: CJE.

VVAA (2012). *Tecnopolítica, Internet y R-evoluciones. Sobre la centralidad de redes digitales en el #15M*. Barcelona: Icaria.

Wolf, M. y Savage, J. (2011). *The Role of Youth*. Micro-documental publicado en la plataforma Op-Docs de *The New York Times* [04/12/2014].

Disponible en <http://www.nytimes.com/video/opinion/100000001204421/the-role>